

= INFORMACIONES TEATRALES =

REPARACION DE ENRIQUE DIOSDADO EN «HISTORIA DE UN ADULTERIO»



Enrique Diosdado y Amella de la Torre

Teatro Valle-Inclán. Título: "Historia de un adulterio". Autor: Víctor Ruiz Iriarte. Dirección: Enrique Diosdado. Intérpretes: Amella de la Torre, Enrique Diosdado, Joaquín Roa, Alberto Bové, Gloria Cámara, Ana Isabel Diosdado y Alberto Crespo. Decorado: E. Torre de la Fuente.

Víctor Ruiz Iriarte ha comenzado su última comedia por la víspera del final. El telón se levanta minutos antes de que el problema se resuelva. Así, todo lo que el espectador presencia es pasado. Es como un planeta mental que gira en torno a un problema partiendo del momento de su estallido, volviendo atrás, hasta que en el giro circular llega el punto de partida. En ese instante el autor enciende los cobetes que sacarán el asunto de su órbita mental y lo arrastrarán al aterrizaje en la realidad y en la solución.

Estamos, pues, ante una técnica que participa del truco de ciertos films abundantes en retrospectivas, que se llevaron mucho, y de los nuevos modos de los viajes estelares. Digamos que Ernesto Luján, el protagonista de "Historia de un adulterio", nos obliga a seguirle en un viaje circular en torno de su conciencia, que se inicia al despertar ésta y se termina al tomar una decisión. Una decisión que es un fracaso individual. Un fracaso, por lo demás, inevitable. Y ahí es donde está la lección profunda a que nos invita el comediógrafo. Esta: Nuestros hechos son irreversibles. Nuestros actos perfilan, construyen nuestro destino y el de los otros—algo hay de sartriano en todo esto—y nos encierran en una órbita a la que no podemos arrancarnos.

Naturalmente, esta técnica es en gran parte narrativa, es decir, no puramente dramática. La exposición es en rigor un largo relato o, con más precisión, una serie de relatos desde puntos de vista opuestos que nos muestran el haz y el envés de una situación, de la misma manera que André Gide, en una de sus más hermosas novelas, nos muestra a un hombre visto por su mujer y visto por sí mismo. Pero

¿por qué decir, ajustándose a rigores preceptistas incompatibles con nuestros tiempos rompedores de moldes, que la narración no es teatral? ¿No lo es, y de una manera nueva y sugestiva, en Bertolt Brecht? Ruiz Iriarte hace que sus personajes se expliquen, se cuenten a un testigo en el que hay que ver una corporeización de la conciencia, pero esa explicación está hábilmente dramatizada. En el segundo acto la dramatización del relato es tan intensa que el espectador llega a olvidarse de que lo que presencia no existe, es puro pasado. Hay vida, sangre y angustia en lo que ha ocurrido en casa del millonario Luján, y hay una fuerte denuncia contra usos sociales, contra modos de convivencia, contra instalaciones confortables en lo amoral, contra cobardías propicias a cerrar los ojos, contra egoísmos que sacramentan lo inadmisibles hasta el punto de tomar por inmoral, por inadmisibles, lo que rigurosamente sería lo moral y lo sano. El mal, el pecado, pueden ser tan creadores, tan benéficos, que el solo perfil del bien, de la verdad, aterricen por sus injustas consecuencias.

Hay un ingenioso juego de conceptos paradójicos, de antinomias, de oposiciones, en el que se describe un estado de conciencia, el de Luján, y varios estados de angustia, que lo son subsiguientes: los de su mujer y sus amigos. Todo muy teatral, muy suavemente filosófico, muy literario y finamente enunciado, repetido, delcreado, hasta llegar a la conclusión lógica y exacta a la que sólo le sobra un epítonema sen-

mental que endulza en demasía el grandioso sabor amargo de las dos magníficas escenas que le preceden.

Lo que le sucede a Luján interesa. Luján es un hombre. Las reacciones de su mujer divierten, son una fina caricatura ajustada, levisimamente cruel. Lo que piensa Jorge conmueve. Es el carácter más turbio, más misterioso, más digno de piedad, más verdadero, de la buena pieza de teatro literario, predominantemente conceptual y verbal que ha construido esta vez, con un tema incisivo, hondo, Ruiz Iriarte.

La obra tiene enormes dificultades de montaje. Y no sólo porque en el escenario convivan dos tiempos, un presente que hay que considerar casi instantáneo, y un pasado inmediato que surge de otro profundo, dilatado, que es la vida de los personajes. Enrique Diosdado le ha encontrado no sólo el ritmo conveniente, sino el emplazamiento necesario de los actores en un juego difícil, ya que las entradas y salidas en escena se gobiernan por una causalidad que no es la de la vida, sino la de la memoria. Bien dirigida, pues, la comedia ha sido objeto de una interpretación deliciosa por parte de Amella de la Torre, para quien el tornasol de la frivolidad, la emoción, la burla y la ternura es como una seda que suavísimamente sale de su garganta y de sus actitudes. Enrique Diosdado, que reaparece tras larga y forzada ausencia de los tabladros, y que por ello fue recibido con una muy cariñosa ovación, incorporó con vigor, con emoción, con alternativas bien expresadas su atormentado personaje. Bové hizo una gran escena, tal vez con un punto de más de expresividad, pero de todas formas en notable actor, y Joaquín Roa logró una creación deliciosa, suavemente cómica, humanísima, que es de las mejores de su larga carrera. Excelente Gloria Cámara, a la que le iba bien el tipo, y muy plausible Ana Isabel Diosdado y Alberto Crespo, en una escena difícil porque prolonga innecesariamente la acción de una obra que ya está terminada, buscando tan sólo un punto de emoción y de confortación en la desoladora impresión que dejaría el exacto y ya producido desenlace.

El ámbito que necesitaba para justificarse este fulgor de drama mental, posible en un mundo hedonista y blando, le da con exactitud el grato, realista, elegante decorado de Torre de la Fuente.—Lorenzo LOPEZ SANCHO.